

8500
ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

PEREZ Y QUIÑONES,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

VITAL AZA.

5
MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

PEREZ Y QUIÑONES.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 3 MADRID

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

- ¡BASTA DE MATEMÁTICAS! juguete cómico en un acto y en prosa, original.
EL PARIENTE DE TODOS, juguete cómico en un acto y en verso, original.
DESDE EL BALCON, juguete cómico en un acto y en verso, original.
LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso, original (1).
EL AUTOR DEL CRÍMEN, juguete cómico en un acto y en prosa, original.
APROBADOS Y SUSPENSOS, pasillo cómico en un acto y en verso, original.
HORAS DE CONSULTA, sainete en un acto y en verso, original.
NOTICIA FRESCA, juguete cómico en un acto y en verso. escrito sobre el pensamiento de una obra francesa (2).
TRAS DEL PAVO, apropósito en dos actos y en prosa, original (3).
PACIENCIA Y BARAJAR, comedia en un acto y en prosa.
CALVO Y COMPAÑÍA, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original.
PEREZ Y QUIÑONES, comedia en un acto y en prosa, original.
-

- (1) En colaboracion con el Sr. Ramos Carrion.
(2) Id., id. Estremera.
(3) Id., id. Campo-Arana.

20

PEREZ Y QUIÑONES,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

VITAL AZA.

Estrenada en el Teatro de VARIEDADES la noche del 6 de Mayo de 1878.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 19.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.	SRTA. GARCÍA (D. ^a M.).
MANUEL.	SRES. VALLÉS.
DON CORNELIO.	RUIZ.
PEPITO.	LASTRA.
JUAN.	DIEZ.

La accion en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que manda la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante. Puerta al foro y laterales. En el foro izquierda chimenea. En el centro una mesa con recado de escribir, y una bandeja con un vaso de agua. Á la derecha un velador. Sillas, dos butacas al lado de la chimenea, etc.

P. D.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, durmiendo en una butaca al lado de la chimenea. MARÍA, que sale puerta primera derecha.

MARÍA. Jesús! Las ocho de la mañana y mi señor esposo sin venir! Anoche salió diciéndome que tenía precision de cenar con su amigo Alfredo y otros compañeros de Bolsa para tratar de asuntos de importancia, y no ha parecido todavía! Qué asuntos serán esos que exigen que se les dedique toda una noche? Quíá! Ese habrá sido el pretexto para echar una cana al aire. Ah! Pues yo le aseguro que no se ha de repetir esta calaverada! (Viendo al Criado.) Pobre Juan! Le habrá estado esperando toda la noche. Pero, Dios mio! Le habrá sucedido algo á Manuel? No! Me hubieran avisado. Lo que yo digo! Alguna francachela con sus amigotes! Resabios de su vida de soltero. Y luégo vendrá tan tranquilo y como

si esto fuese lo más natural del mundo. Qué apostamos á que dice que estuvo velando á un enfermo? Es la disculpa de ordenanza. Lo cierto es que no viene y esto me tiene muy intranquila. Voy á salir! Iré á casa de Alfredo. Quiero enterarme por mí misma de esos dichosos asuntos de Bolsa. (Váse primera puerta derecha dejándola cerrada.)

ESCENA II.

JUAN, durmiendo. Breve pausa. MANUEL muy embozado se asoma á la puerta del foro y mira á todos lados. Se dirige de puntillas á la puerta primera derecha.

MAN. Nada! Durmiendo todavía! Pobrecita de mi alma! Lo que ménos se figurará ella es que he pasado toda la noche fuera de casa. Yo! Yo que soy un marido tan bonachon y de tan buenas costumbres! Francamente, yo pensaba haberme retirado al terminar la cena, pero si no es posible! Cuando se reuneu varios amigos de buen humor, ya se sabe lo que pasa! Bromita tras de bromita... en fin, que pierde uno los estribos y la cabeza! Sí señor! Yo he llegado á perder la cabeza! No, y despues de todo la cosa no tiene nada de extraño. Mi mujer no se habrá despertado todavía. (Juan da un fuerte ronquido.) Eh? (Asustado.) Ah! Vamos! Es Juan que duerme el profundo sueño de la inocencia y de la bestialidad. Infeliz! Se habrá cansado de esperarme. Le despertaré! Él me enterará de si mi mujer ha sospechado algo. (Se acerca á Juan.) Eh! Juan! (Sacudiéndole.) Juan! Demonio! Duerme como un tronco! Arriba! Eh! Despierta, animal! Ni por esas! Á ver si con esto... (Coge el vaso de agua que habrá sobre la mesa y le rocía la cara.) Arriba!

JUAN. Eh! Quién anda ahí? (Se espereza.)

MAN. Pehs! Calla! Soy yo! (En voz baja.)

JUAN. Es usted? Le he estado esperando.

MAN. Cállate, hombre! Habla bajo!

JUAN. Eh?

- MAN. Que hables bajo!
- JUAN. Que hable bajo? (En voz baja.)
- MAN. Sí.
- JUAN. (Vamos! Le dulerá la cabeza!)
- MAN. Se ha levantado la señora?
- JUAN. Non señor.
- MAN. Es posible que tú no lo hayas sentido.
- JUAN. Non lo crea usted! Si yo tengo un sueño muy ligeru.
- MAN. Sí... Ya lo he notado.
- JUAN. Solu que ahora... (Habla alto.)
- MAN. Habla más bajo, hombre!
- JUAN. Digu que ahora suñaba que estaba lluyendo á cantarús.
- MAN. (Ya lo creo! Tal chaparron te ha caido en la cara!)
- JUAN. Canastus! Qué pesadilla! (Limpiándose la cara.) Si estoy sudando de cungoja.
- MAN. Sí, ya lo veo. Anda! Tráeme cualquier cosa.
- JUAN. Qué va usted á tomar?
- MAN. Una taza de té con unas pastas.
- JUAN. Está bien.
- MAN. Pero pronto, eh?
- JUAN. En sejida. (Váse foro.)

ESCENA III.

MANUEL solo.

Me tomo mi taza de té y á la cama! Y si mi mujer averigua que he venido á esta hora, me disculparé de cualquier modo. Qué la diré? Ah! Sí! Que estuve ve-lando á un enfermo! Es una disculpa muy nueva. De seguro que á nadie se le ha ocurrido. Vamos á ver! Qué amigo va á ser el enfermo? Alfredo! No. Esto se descubriría en seguida. Sí! Ya está! Pepito Boliche. Magnífico! Mi mujer me ha oido hablar de él muchas veces, pero no le conoce. Nada! Pepito será el enfermo! Casi me dan ganas de matarle! Pero no, es demasiado fuerte. Le pondré de gravedad, de mucha gravedad!—Hom-

bre! Otra idea! Esta es más aceptable! Me pondré mi bata; (Se la pone.) me sentaré al lado de la chimenea y le haré creer que me he acostado á las tres y que me he levantado hace poco. Ella no lo extrañará. Como dormimos en cama aparte... Ah! Indudablemente las camas de matrimonio son un obstáculo. Ajajá! (Se sienta.) Pues señor, la verdad es que he pasado una noche deliciosa! La mesa estuvo servida con esmero, pero la sobremesa... Ah! Esa sí que fué la gorda! Qué manera de beber y de reir y de cantar... (Uy, mi mujer!)

ESCENA IV.

DICHO y MARÍA.

- MARIA. (Gracias á Dios!) Buenos dias, señor don Manuel.
MAN. Ah! Eres tú, mujercita mia? Caramba, como madrugas!
MARIA. Sí, eh?
MAN. Vaya! Si creí que estabas durmiendo todavía.
MARIA. (Qué descaró!)
MAN. Hija mia, hoy he madrugado mucho.
MARIA. Ya, ya lo veo.
MAN. Me he levantado hace lo ménos hora y media.
MARIA. De veras? (¡Qué inocente!)
MAN. No me has sentido, eh?
MARIA. No, no te he sentido.
MAN. Pues he venido á las tres, digo no, á las dos y media; no eran todavía las tres.
MARIA. Es claro, si eran las dos y media...
MAN. Qué tranquilamente dormías! No quise encender el quinqué por no despertarte.
MARIA. (Qué hombres, señor!)
MAN. Estabas hermosísima! Con la cabeza así, medio oculta por el brazo... parecías un pajarito!
MARIA. (No estás tú mal pájaro!)
MAN. Había en tu fisonomía una expresion tan dulce, tan angelical!

- MARIA. Pero oye, ¿si no encendiste el quinqué, cómo has podido ver?...
- MAN. Es... es que encendí un fósforo!
- MARIA. Ah!
- MAN. Yo creí que me habías sentido; porque al acercarme á tu cama hiciste un movimiento...
- MARIA. Sí, es verdad, tengo una idea...
- MAN. (Es claro! Se lo cree!) Ya decía yo!
- MARIA. (Ahora verás.) Así entre sueños sentí ruido en la habitación. Llamé, y no me contestaron; pero al ver que me cogían la mano...
- MAN. Eh?
- MARIA. Y me la besaban...
- MAN. (Caracoles!)
- MARIA. Me convencí de que eras tú, verdad?
- MAN. Sí, es decir... Yo... Sí! Yo he sido.
- MARIA. (Ya está desconcertado!)
- MAN. (Notó que la besaban!)
- MARIA. Y dices que eran las dos y media?
- MAN. Próximamente.
- MARIA. Quiá, hombre! Pues si á poco de eso dió el reló las cuatro.
- MAN. Sí... las dos ó las cuatro. No recuerdo bien. Como estaba á oscuras...
- MARIA. Es claro, como estabas á oscuras no pudiste oír el reló! De manera, señor marido, que se retira usted á las cuatro de la madrugada!
- MAN. No... yo te diré...
- MARIA. Pero, hombre, ¿por qué no me dices la verdad? Si yo supongo lo que te habrá ocurrido.
- MAN. No... no creas tú que yo...
- MARIA. No tiene nada de particular. Cualquiera accidente inesperado... El tener que velar á un amigo enfermo...
- MAN. Pues bien, sí. Eso ha sido. (Ella me da pie.) Estuve velando á un enfermo.
- MARIA. (No lo dije yo?)
- MAN. No quería decírtelo, porque como tú eres tan impre-

tionable... Pobrecito Pepe!

MARIA. ¿Qué Pepe?

MAN. Pepito Boliche. El infeliz se puso á morir!

MARIA. Qué lástima!

MAN. Tenía así... unas convulsiones... y unos movimientos... tan... convulsivos!...

MARIA. Caramba! Qué será?

MAN. No lo sé. Pero yo creo que se muere.

MARIA. Qué atrocidad!

MAN. Si está muy grave!

MARIA. Y cómo ha sido eso?

MAN. Que cómo ha sido?... (¡Ay, Dios mio! Cómo habrá sido eso?) Pues yo te diré...

MARIA. Estuvo cenando con vosotros?

MAN. Ya lo creo! Es decir, no llegó á cenar, porque apenas tomó una cucharada del puré, dijo: «Ay! yo me pongo malo!» Y fué... y se puso malo.

MARIA. Qué cosa tan rara!

MAN. Muy rara. Yo creo que ese chico debe tener algun .. aneurisma.

MARIA. Sí! El puré debe ser terrible para los aneurismas! Pues os habreis divertido.

MAN. Mucho! Hubo brindis y canto y...

MARIA. Pero hombre, y el enfermo?

MAN. El enfermo! (Ay, Dios mio!)

MARIA. No decías que en cuanto probó la sopa...

MAN. Sí; pero luégo se puso bueno.

MARIA. En qué quedamos?

MAN. Digo que luégo se puso bueno; pero hija, al llegar la hora de los brindis, se sube encima de la mesa, coge una copa, y trás!

MARIA. Qué?

MAN. Que se cayó.

MARIA. La copa?

MAN. No! Se cayó él, rompiéndose la cabeza por aquí... En fin, que tuvimos que llevarle á su casa y allí estuve á su lado hasta ahora.

MARIA. Pues no has venido á las cuatro?

MAN. Sí, pero digo que hasta ahora... no me explico lo de la caída.

MARIA. No, ni yo tampoco; pero sin duda algun mareo...

MAN. Eso debió ser! Ese chico debe padecer mucho de mareos!

MARIA. (Tú sí que estás mareado.)

MAN. Pobre amigo mio! En seguida que lo echamos sobre la cama empezó á delirar.

MARIA. Claro. Las heridas de la cabeza...

MAN. Es indudable! Ese chico debe padecer mucho de la cabeza.

MARIA. Pues nada. No pienses más en ello.

MAN. Pero si no puedo! Si á mí me impresionan muchísimo estas desgracias!

MARIA. Pues anoche, á poco tiempo de darme tú aquel beso...

MAN. (Ay! el beso! Ya lo había olvidado!) Pero, oye ¿estás tú segura de haberme sentido?

MARIA. Ya lo creo! Pues poquito que me apretaste la mano.

MAN. (Caracoles! Me parece que yo voy á hacer una barba-ridad.) (Se pasea intranquilo.)

MARIA. Qué tienes?

MAN. Nada. (Incomodado.)

MARIA. Jesús, hijo!

MAN. (Quién habrá podido ser?)

ESCENA V.

DICHOS y JUAN con el té y unos cuantos bizcochos en una bandeja. Lo deja sobre el velador.

JUAN. Señorito! (Á Manuel en voz baja y siguiéndolo.)

MARIA. (Pobre Manuel!)

MAN. (No es posible! No puedo creerlo.) (Sin oír á Juan.)

JUAN. Señorito... (En voz muy baja.)

MAN. Qué?

JUAN. Allí tiene usted el té.

MAN. Qué dices?

- JUAN. Que allí tiene usted el té.
MAN. Habla más alto, hombre!
JUAN. Como ántes me dijo usted...
MAN. Déjame!
JUAN. (Vamos! Ya se le ha quitado el dolor de cabeza.)
MAN. Dios mio! Seria ese capaz?... Juan! (Al criado, que ha subido al foro.)
JUAN. Señor.
MAN. Quiá! no puede ser! (Despues de mirarle.)
JUAN. Qué manda, señor!
MAN. Que te vayas y que me dejes en paz.
JUAN. Pues ya me iba. (Demontre y qué genio tan bruscu.)
(Váse por el foro.)
MAN. (Pero, señor, quién la habrá besado!)
MARIA. Te echo el té? (Llenando la taza.)
MAN. No, no quiero más que un beso... digo, un vaso de agua.
MARIA. Jesús, hijo, cómo estás! Necesitas descanso!
MAN. Lo que yo necesito es... (Y cómo la digo yo!... Para qué habré mentido?)
MARIA. Que duermas bien. Yo voy á dar algunas órdenes. Juan!
(Llamando.)
MAN. (No cabe duda! La han besado! Pero quién la habrá besado, señor!) (Váse puerta primera derecha.)

ESCENA VI.

MARIA y á poco JUAN.

- MARIA. Pobre Manuel! Cómo se ha puesto! Mejor! Así se acostumbra á no engañar á su esposa.
JUAN. Llamaba usted, señora?
MARIA. Echa más carbon en la chimenea.
JUAN. Está bien. (Váse María puerta primera izquierda.) Carape! Y qué foscú se pusu el amu conmigo! Qué mosca le habrá picadu! (Echa carbon en la chimenea.)

S. P.

ESCENA VII.

DICHO y PEPITO; trae un ojo cubierto con una venda.

PEPITO. Buenos días.

JUAN. Téngalos usted muy buenos.

PEPITO. Está el señor?

JUAN. Ahora mesmo se ha metidu en la alcoba.

PEPITO. (Le hablaré y aceptará. Él será mi padrino. En los lances de honor es cuando se prueba la amistad.) Pero... Qué miras, hombre? (Á Juan que le mira con fijeza.)

JUAN. Qué es esu? Se le ha metido algu en ese ojo?

PEPITO. No, esto no es nada.

JUAN. Más vale así.

PEPITO. Una ligera contusion. Que el bicho no obedeció al trapo y me tiró contra la barrera.

JUAN. Qué bicho?

PEPITO. El toro.

JUAN. Comu? Es usted tureru?

PEPITO. Soy uno de los principales socios de «El cuerno invisible.»

JUAN. Qué?

PEPITO. Una sociedad tauramáquica. Pero tú no comprendes estas cosas. (Me batiré! Vaya, si me batiré!)

JUAN. Ahí viene la señora.

PEPITO. Bueno.

JUAN. (Un tureru! Será Lagartijo? Purque lu que es Cara-ancha non lo es! (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

PEPITO y MARÍA.

PEPITO. Señora...

MARÍA. Beso á usted la mano. (Quién será?)

PEPITO. Perdone usted que me presente á una hora tan intempestiva, pero necesito hablar con Manuel.

MARÍA. Es usted muy dueño. Quién digo que le espera?

- PEPITO. Su amigo Pepito Boliche.
- MARIA. Cómo?
- PEPITO. Pepito Boliche.
- MARIA. Pero ¿es usted?
- PEPITO. Si señora, servidor de usted.
- MARIA. Qué feliz casualidad!
- PEPITO. No tan feliz como usted cree! El asunto que me trae es bastante triste.
- MARIA. (Calle! Esa venda... La herida de la cabeza... Habrá sido cierto? Probemos.) Tome usted asiento. (Se sienta.)
- PEPITO. Muchas gracias. (Breve pausa.) (Cómo me mira!)
- MARIA. Y qué tal anoche?
- PEPITO. Anoche?... Bien!
- MARIA. Se han divertido ustedes, eh?
- PEPITO. Nosotros? No comprendo...
- MARIA. Pero no ha cenado usted anoche?
- PEPITO. Si señora! Yo acostumbro á cenar todas las noches. (Vaya una pregunta.)
- MARIA. Y esa herida se la hizo usted al brindar.
- PEPITO. Quiá! No señora. Cuando dije el brindis estaba el toro bastante lejos.
- MARIA. Cómo?
- PEPITO. Esto fué al darle un pase de pecho. El bicho estaba bastante huido, sabe usted? y por más que yo quise empaparle de trapo, me cortó el terreno y zás! Me lanzó contra la barrera.
- MARIA. Ah!
- PEPITO. Tuve una ovacion! Todos aplaudieron mi serenidad.
- MARIA. Conque anoche no estuvo us'ed con Manuel?
- PEPITO. No señora! Si no nos vemos hace lo ménos ocho días. Hoy vengo á suplicarle que sea mi padrino.
- MARIA. Va usted á casarse?
- PEPITO. Ay, no! Se trata de un duelo.
- MARIA. Caramba!
- PEPITO. Verá usted. Yo estoy en relaciones con la sobrina del brigadier Plancheta. Es una chica encantadora y que me quiere con delirio! Cuando yo me declaré tenía re-

laciones con un abogado y dos oficiales de ingenieros, y dió calabazas á los tres sólo por mí.

MARIA. Sí, eh?

PEPITO. Pues verá usted la cuestion. El brigadier Plancheta se opone á nuestros amores; y al subir esta mañana la escalera para hablar por el ventanillo con mi pobrecita novia, me encontré con él, y ¿qué dirá usted que me dió?

MARIA. Le daría á usted los buenos dias.

PEPITO. No señora, me dió un puntapié.

MARIA. Ah! Eso es muy fuerte!

PEPITO. Fuerte? Ya lo creo! Pero esto no puede quedar así! Yo necesito matar á ese brigadier. Por fortuna lo que sobran en España son brigadieres.

MARIA. Pero reflexione usted...

PEPITO. Nada, señora! Estoy decidido!

MARIA. Pues tenga usted la bondad de pasar á esa habitacion mientras viene Manuel. (Puerta segunda derecha.)

PEPITO. Con mucho gusto, señora. Á los piés de usted. (Me bato! Vaya si me bato!) (Entra. María cierra la puerta.)

ESCENA IX.

MARIA y luego D. CORNELIO.

MARIA. Pues señor! Veremos si todavía se atreve á sostener su ridícula invencion.

CORN. Se puede?...

MARIA. Pase usted adelante. (Quién será este buen señor?)

CORN. Con su permiso. Don Manuel está?

MARIA. Si señor, está en su alcoba. (Y va de visitas.)

CORN. (Esta señora debe ser el ama de llaves.) Usted no tendrá el honor de conocerme?

MARIA. No, no tengo ese honor.

(María le indica que se siente y lo hace al lado del velador, donde estará la bandeja con los bizcochos. D. Cornelio habrá dejado el sombrero sobre una silla del foro.)

- CORN. Ay señora! Yo soy un hombre muy desgraciado! Permita usted que derrame una lágrima.
- MARIA. Si señor. Derrame usted todas las que quiera. (Qué tipo tan raro!)
- CORN. (Caramba! Qué buena cara tienen estos bizcochos.)
(Durante esta escena coge, sin que María lo note, algunos bizcochos que se guarda en el bolsillo. Una de las veces meterá la mano en la taza de té, gesticulando como si se quemara.)
- MARIA. (Me va á pedir algo, de fijo.)
- CORN. Mire usted, señora, yo soy...
- MARIA. Un padre de familia, no es eso?
- CORN. No señora. Yo no soy más que tío de familia. No me he casado en mi vida. Y no crea usted que ha sido por falta de mujeres que me quisieran. Vaya! Apenas si estaba yo jactándose y provocativo con el traje de militar.
- MARIA. Usted ha sido militar?
- CORN. Sí señora. Me retiré de cabo segundo! Qué partido tenía yo!
- MARIA. Sería usted liberal?
- CORN. No, si no hablo de partidos políticos. Me refiero al partido que tenía entre las mujeres. Era el ídolo de todas las cocineras de casa grande. Qué tiempos aquellos! Más tarde cuando fui músico...
- MARIA. También ha sido usted músico?
- CORN. Si señora. He tocado el bombardino. Pues entónces estaba yo para casarme con una planchadora, pero la ingrata se enamoró de un cornetín de piston.
- MARIA. Qué tontería! Antojársele un cornetín!
- CORN. No, si de quien ella se enamoró fué del que lo tocaba.
- MARIA. (Qué pesado!) Ruego que me diga...
- CORN. Mi nombre? Tiene usted razon. Me había olvidado. Pues mi nombre de pila es Cornelio Tabardo, pero mis amigos me llaman Tabardillo.
- MARIA. (Lo creo.) Suplico á usted que me diga el asunto que le trae.
- CORN. Ah! el asunto? Pues voy á decírselo á usted. Yo soy el

tio de mi sobrina; quiero decir, de Filomena; la pobre-
cilla me protege. Como ahora no tengo oficio ni benefi-
cio, y ella es una artista...

MARIA. Artista? (Entra Juan y se lleva el servicio del té sin que lo
note D. Cornelio.)

CORN. Vaya! Hace papeles de primera tiple en los mejores ca-
fés de Madrid! Qué voz la suya! Siempre que canta
aquello de:

«Yo no voy á Puerto Rico
en un cascara de nuez.»

Hay un escándalo en el café. Con decirle á usted que
el dueño piensa prohibir esa canción porque le rompen
muchos vasos...

MARIA. Muchos vasos!

CORN. Si señora, Los parroquianos aplauden con las cucha-
rillas.

MARIA. Ah!

CORN. Convéngase usted, señora, de que soy muy desgra-
ciado. Mucho! Antes era feliz! pero ahora! Cómo ha de
ser! Todo se acaba en el mundo! (Hasta los bizcochos!)
(Viendo que han desaparecido los bizcochos.) Pero volviendo á
mi sobrina.

MARIA. (Es insufrible!)

CORN. Ya sabe don Manuel la ganga que se lleva.

MARIA. Eh? (Se levantan.)

CORN. Si señora! Como que van á casarse. Así se lo prometió
anoche durante la cena!

MARIA. (Ah! Infame!)

CORN. Y yo le aseguro á usted que como no cumpla su pala-
bra, nos veremos las 'caras! Aquí donde usted me ve
tan pacífico, tengo un genio como un toro, salva sea la
comparacion.

MARIA. Pero usted le conoce?

CORN. Á quién? Al toro?

MARIA. No. Á don Manuel.

CORN. Señora! No tengo ese gusto. Pero esta mañana fui á ver
á mi sobrina y me encargó que le trajera esta carta.

- MARIA. Á ver, hágame usted el favor. (Lee el sobre.) «Señor don Manuel...» (Ah! Me tranquilizo! Pero no importa. Buena desazon le voy á dar á mi señor marido.) Si, tome usted, luégo se la daremos.
- CORN. Usted me apoya, verdad? Muchas gracias, señora. (Qué simpática es para ser ama de llaves.)
- MARIA. Ah! Ahí viene!
- CORN. Quién?
- MARIA. Mi marido!
- CORN. Su marido?
- MARIA. Escóndase usted.
- CORN. Pero señora!
- MARIA. Escóndase usted pronto! Ahí!
- CORN. Pero, señora, qué tengo yo que ver con su marido de usted?
- MARIA. Ande usted, dése usted prisa! (Empujándole.)
- CORN. Por los clavos de Cristo!
- MARIA. Calle usted! (Le mete puerta segunda izquierita.) Perfectamente! Este buen señor y Pepito me servirán para mi propósito.
- CORN. (Saliendo.) Pero, señora, reflexione...
- MARIA. Por Dios, hombre, escóndase usted pronto.
- CORN. Pues señor! Vaya una manía! (Váse puerta segunda izquierda)

ESCENA X.

MARIA, MANUEL y luégo D. CORNELIO.

- MARIA. Ahí viene ya! Si, le haré creer que escribo á un amante. (Se sienta y hace que escribe.) Ah, señor don Manuel! La calaverada de anoche le va á costar á usted un disgusto. (Sigue haciendo que escribe.)
- MAN. (No le podido pegar los ojos! Qué cosas se me ponen en la cabeza! Pues no estoy empeñado en que mi mujer tiene un amante! Qué atrocidad! Ella que es tan buena y tan inocente! Ah! Allí está. Pobrecilla! Escribe. De seguro que está haciendo la cuenta de la lavandera! Me

dan ganas de decirle la verdad y de pedirle perdon!)

MARIA. (Ya se acerca!)

MAN. (Pero no! Eso sería sentar un mal preecedente! Dejémosla con su creencia.) Hola, Marujita!

MARIA. Eh! Quién? (Da un grito.) Ay, qué susto. (Fingiéndose asustada y guardando el papel.)

MAN. No te asustes, si soy yo!

MARIA. Ay, Dios mio! Dios mio!

MAN. Pero qué tienes?

MARIA. No, nada! Por Dios, Manuel! No te irrites!

MAN. Mujer, si yo estoy muy tranquilo.

MARIA. Perdóname!

MAN. Eh?

MARIA. Sí! Perdóname! He sido una infame!

MAN. María!

MARIA. Le escribía diciéndole que todo se ha concluido!

MAN. Qué? que le escribías?...

MARIA. Sí! (Ya la solté!)

MAN. Pero á quién?

MARIA. Á él!

MAN. (Ay, Dios mio!) Pero quién es él?

MARIA. Pues él... es él.

MAN. María! Hablemos claro.

MARIA. Si yo no he tenido la culpa.

MAN. Pues quién la tiene?

MARIA. Él.

MAN. Dale con él! Á ver! Dame esa carta!

MARIA. No!

MAN. Que no?

MARIA. No señor.

MAN. Pronto. Quiero verla.

MARIA. No, eso nunca.

MAN. Conque nunca? Conque desobedecerá usted á su marido?

MARIA. Sí señor.

MAN. (Ay Dios mio de mi alma! Yo no sé lo que me pasa!)

MARIA. (Ya estalló la bomba.)

- MAN. Corriente, señora! No me la dé usted. No la necesito! Cree usted que voy á emplear la violencia? Pues no señor!
- MARIA. (Me alegro mucho.)
- MAN. Yo no puedo continuar así.
- MARIA. Corriente!
- MAN. Ahora mismo me voy á ver á sus padres de usted.
- MARIA. Corriente.
- MAN. Ellos la castigarán á usted.
- MARIA. Corriente! Ya me defenderá mi tio.
- MAN. Quién?
- MARIA. Mi tio Roque, que acaba de llegar á Madrid. Todo se lo he contado.
- MAN. Bueno. Pues cuénteselo usted á su tio. Yo me marcho ahora mismo. (Sin moverse.)
- MARIA. Abur!
- MAN. Si señora que me voy!
- MARIA. (Y no se mueve.)
- MAN. Vaya si me voy. No me conoce usted á mí!
- MARIA. (Vaya si te conozco!)
- MAN. Quede usted con Dios. (Quietó.)
- MARIA. (Ah! qué idea!) (Coge el sombrero de D. Cornelio y la capa de Manuel.)
- MAN. (Pero, señor, si esto no puede ser! Si yo debo estar soñando!)
- MARIA. Tome usted. (Le pone la capa sobre la bata y le da el sombrero que Manuel conservará en la mano.)
- MAN. Muchas gracias.
- MARIA. Ya puede usted ir á ver á mis papás!
- MAN. Ahora mismo! Digo, no, no me voy! Pero sí! me voy!
- MARIA. Buen viaje.
- MAN. (Ya estoy decidido.) Abur! Eh? (Va á ponerse el sombrero y le está muy grande.)
- MARIA. (Ya pareció aquello!)
- MAN. Qué sombrero es este? (Eufioso.)
- CORN. (Mi sombrero!) (Desde la puerta.)
- MAN. Señora, responda usted! De quién es este sombrero?

- CORN. Mio! (Desde la puerta.)
MAN. De usted? No señora. (Á María.) Este sombrero es e cuerpo del delito! (Le da un apabullo.)
CORN. Uy!
MAN. Eh? Qué es eso? Han dicho ¡ay!
MARIA. No señor! Han dicho ¡uy!
MAN. Luégo es cierto! Aquí se oculta álguien?
MARIA. No.
MAN. Ahora lo comprendo! Por eso querías que me marchara! Pues no! Voy á buscar á ese infame, y si le encuentro le asesino.
CORN. Animal! (Desde la puerta.)
MAN. Señora! No me insulte usted. Aquí debe estar. Le mato. Vaya si le mato! (Váse con el sombrero puerta primera izquierda.)

ESCENA IX.

MARIA y D. CORNELIO.

- CORN. Señora! Por las once mil vírgenes!
MARIA. Hombre, por Dios!
CORN. Qué le pasa á su marido?
MARIA. Se ha puesto furioso.
CORN. Y qué culpa tiene mi sombrero?
MARIA. Calle usted.
CORN. Mire usted que me lo va á estropear.
MARIA. Ya viene! Escóndase usted.
CORN. Caracoles! (Corre y váse puerta segunda izquierda.)

ESCENA XII.

MARIA y MANUEL.

- MAN. Aquí no está. Pero yo daré con él. (Cuando yo decía que iba á hacer una barbaridad!) (Se dirige puerta segunda izquierda. María corre á colocarse delante de la segunda puerta derecha.)

- MARIA. No, por Dios! No entres aquí!
- MAN. Ah! conque ya lo confiesa usted? Conque está ahí? (Va hacia María.)
- MARIA. No, no entres!
- MAN. Déjeme usted! (Ahora es la mía!) Conque es decir, señora, que mientras yo cumplo con los deberes de la amistad velando al pobre Pepito, usted...
- MARIA. Perdóname!
- MAN. Quítese usted!
- MARIA. Aparta!
- MAN. No. Quiero matar á ese infame!
- MARIA. Pues bien. Ya que lo quieres, abre.
- MAN. Caballero! Salga usted. (Abriendo la puerta.)

ESCENA XIII.

DICHOS y PEPITO.

- PEPITO. Hola, chico.
- MAN. (María Santísima! Pepito. ¡Ya hice la barbaridad!) (María se rie.)
- PEPITO. Perdona si vengo á molestarte.
- MAN. (Me ha descubierto.)
- MARIA. Conque es decir, señor marido, que mientras cumples con los deberes de la amistad velando al pobre Pepito... Já! já! já!
- PEPITO. (Qué tiene esta gente?)
- MAN. (Astucia.) Y qué? Dudas acaso? Te atreverás á negar que le estuve velando toda la noche? (Dí que sí!) (Á Pepito)
- PEPITO. Eh?
- MAN. (Dí que sí, hombre!) (Á Pepito.)
- PEPITO. Si señora, le estuvo velando toda la noche.
- MAN. (Animal!) (Á Pepito.)
- PEPITO. Eh?
- MAN. Si no hay más que verle! Si está muy malo!
- PEPITO. (Dios mio! Estaré yo malo sin saberlo?)
- MAN. Pepito! Pepito! No hagas locuras! Vuélvete á la cama.

- PEPITO. Pero hombre, si esto no ha sido más que un revolcon.
MAN. Un revolcon! Lo ves? Si está delirando todavía!
PEPITO. (Caspitina!)
MARIA. El que está delirando eres tú. (Á Manuel.)
MAN. Eh?
MARIA. Si señor. Eres un simple. Es claro. Yo soy una infeliz, una inocentona! Me lo creo todo á piés juntillas.
MAN. No, no digas eso.
MARIA. Has creído engañarme con cuatro embustes mal zurcidos, y te has llevado un solemne chasco.
MAN. Perdóname. Tienes mucha razon. Ay! qué peso se me ha quitado de encima! (Abraza á María.)
PEPITO. (Bonito papel estoy haciendo. Y para esto me han tenido encerrado media hora! Me voy. No faltará quien me apadrine.) (Váse por el foró sin que lo noten.)
MARIA. Anda, vete á ver á mis papás. Vete á darles cuenta de mi conducta.
MAN. No! No por Dios! No digas eso! (Abrazándola.)

ESCENA XIV.

DICHOS y D. CORNELIO

- CORN. (Parece que se han tranquilizado.) (Desde la puerta.)
MAN. Y yo que creía... (Volviéndose.) Chico, dispensa si... qué es esto? Sè ha marchado Pepito dejándose el sombrero. Maldito sea el... (Va á tirarle con rabia al suelo.)
CORN. No! No lo tire usted!
MAN. Eh? que eso? Pero señor, que sucede hoy en esta casa?
MARIA. Venga usted acá! (Á D. Cornelio.) Ahí le tiene usted.
CORN. Á quién!
MARIA. Á don Manuel.
CORN. Cómo?
MAN. (Quién será este tipo?)
CORN. Dice usted que ese es?... Ay, Dios mío! Y es su marido de usted? Qué escándalo! Ahora verá usted mi genio!
—Caballero!
MAN. Servidor de usted.

- CORN. Conque es usted don Manuel!
- MAN. Sí señor.
- CORN. Hombre! Y se atreve usted á confesarlo?
- MAN. Sí señor. No creo que sea delito el llamarme Manuel.
- CORN. (Conténgame usted, señora.) Caballero! Es usted un infame!
- MAN. Eh?
- MARIA. (Más fuerte.) (Á Cornelio.)
- CORN. (Más fuerte?) Caballero! Es usted un infame! (En voz fuerte.)
- MAN. Señor mio!
- CORN. (Conténgame usted, señora.) Conque despues de la cena de anoche se atreve usted á burlarse de ese modo?
- MAN. Eh? (Qué significa esto?)
- MARIA. (Duro! Duro!) (Á Cornelio.)
- CORN. Caballero! Tiene usted el corazon empedernido!
- MARIA. (Más duro!) (Á Cornelio.)
- CORN. (Más duro?) Tiene usted el corazon... de piedra berroqueña! (Lo quiere usted más duro, señora?)
- MAN. Ea! Acabemos!
- CORN. Usted ha engañado á mi sobrina, y yo debo defenderla.
- MAN. Su sobrina? (Ah! Este es el tio! El tio Roque!) Tio de mi corazon! (Va á abrazarle.)
- CORN. Caballero! No me abrace usted.
- MAN. Si yo no he faltado á mi mujer! Si yo la quiero muchísimo!
- CORN. Eso no me importa.
- MAN. Eh?
- CORN. Lo que me importa es que haya faltado usted á mi sobrina.
- MAN. Pero, quién es su sobrina de usted?
- CORN. Filomena.
- MAN. Y quien es Filomena?
- CORN. Quién ha de ser? Mi sobrina.
- MAN. Pues dela usted expresiones.
- CORN. Atrévase usted á contestar á esta carta. (Se la dá.)
- MAN. Á ver. (Lee.) (Ay! Gracias á Dios que nos entendemos!

- CORN. Eso digo yo!
- MAN. Amigo mio, ha tocado usted el violon.
- CORN. No señor! Lo que yo tocaba era el bombardino!
- MAN. Si esta carta no es para mí.
- CORN. Eh?
- MAN. No señor! Aquí dice Manuel Quiñones y yo soy Manuel Perez.
- CORN. Es posible?
- MAN. El don Manuel que usted busca vive en el principal de la derecha.
- CORN. Pero, este cuarto no es... Ay! Ustedes dispensen! De todo esto tienen la culpa los caseros! Conque de la derecha, eh?
- MAN. Sí señor. Segun se sube... así... á este lado. (Indca la izquierda.)
- CORN. Ya! Conque subiendo... á este lado! (Indica la izquierda.)
- MAN. No, hombre!
- CORN. Ah! ya comprendo! Convénzase usted, señora, de que soy muy desgraciado!
- MAN. Vamos! Tome usted el sombrero y usted dispense. (Le dá el sombrero todo apabullado.)
- CORN. No! No hay de qué! Si esto no vale nada! (Claro! Ya no vale ni una peseta!) (Al sacar el pañuelo para limpiar el sombrero se le caen los bizcochos del bolsillo.) (Ay los bizcochos!) Abur! (Váse corriendo por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

MANUEL y MARÍA.

- MAN. Páselo usted bien. Ay! Gracias á Dios!
- MARIA. Toma! Ya puedes leer la carta que tanto te ha preocupado. (Dádesela.)
- MAN. Eh?
- MARIA. Léela!
- MAN. Si está en blanco.
- MARIA. No tal. Oye lo que dice: (Cogiendo el papel y hace que lee.)

- Marido! Tú has pretendido
engañarme sin temor
y tú el engañado has sido!
Eres un tonto, marido!
- MAN. Muchas gracias, es favor.
- MARIA. Mas perdono tus ofensas
y oye un consejo prudente.
Ser hombre de mundo piensas,
y eres solo un inocente!
- MAN. Favor que tú me dispensas.
- MARIA. Tu irreflexion no comprendo.
Qué has logrado de este modo?
Qué has conseguido mintiendo?
- MAN. Basta! No sigas leyendo!
Te doy la razon en todo.
Señores! Mi suerte escasa!... (Al público.)
- MARIA. Tú aplausos? Eso no pasa.
- MAN. Corriente! Cómo ha de ser!
Aplaudan á mi mujer,
y todo se queda en casa.

PIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas,
y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO
DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.